

estudio cuya redacción data de 1970 y que ha visto retrasada su salida por razones administrativas. Aun recurriendo al tópico, habría que decir, sin embargo, que este retraso no ha hecho perder a la monografía de Bonamusa ni un ápice de su interés inicial.

El trabajo se inscribe en la nueva línea de análisis "estasiológicos" en que ha sido pionera en nuestro país la escuela de investigadores formada en la Universidad de Barcelona. El espléndido trabajo de Isidre Molas sobre la Lliga Catalana fue, al mismo tiempo, una aportación fundamental a la historia contemporánea de Cataluña y una prueba de la positiva aplicación de una metodología procedente de la ciencia política a la historia de un partido que ofrece una documentación suficiente. A continuación, el propio Molas "vulgarizó", por así decirlo, una parte de su estudio editando por separado, con sucesivas versiones catalana y castellana, el apartado sobre el subsistema de partidos catalán que opera en el marco político de la Segunda República.

En el caso de Bonamusa, su preocupación dominante han sido, desde sus comienzos como investigador, la que pudiéramos considerar corriente no ortodoxa del comunismo catalán anterior a la guerra civil. El primer eslabón de la cadena de trabajos subsiguiente es este análisis de los dos primeros años de actuación del Bloc Obrer i Camperol, organización fundada por Joaquín Maurín tras la ruptura de la Federación Comunista Catalano-Balear del núcleo central del partido comunista español. Pero la historia del BOC no sólo concierne al movimiento comunista. El predominio ejercido sobre la vida sindical catalana por la CNT, desde la segunda década del siglo, hacía del sindicalismo confederal el polo de tracción y el adversario principal, a un tiempo, *del naciente grupo*. De ahí que, casi en proporción mayoritaria, las relaciones estu-

diadas por Bonamusa sean las CNT-BOC, por encima de las sostenidas con el propio partido comunista o con su hijuela trotskista, la Izquierda Comunista que dirige Andrés Nin.

El trabajo de Bonamusa supone la aplicación al caso concreto estudiado de un esquema analítico sobre la organización y funcionamiento de un partido obrero. Cubierto el paso preliminar, una exhaustiva recopilación de datos a partir de fuentes diversas, básicamente la prensa obrera y, subsidiariamente, las conversaciones con antiguos militantes, consultas de archivo, etcétera, la acción del BOC es reconstruida siguiendo una línea que podría reducirse a las fases siguientes: a) Proceso de formación: desde la aparición del sindicalismo revolucionario (1922) a la definición teórica frente al partido comunista (1930-31) siguiendo un modelo organizativo dual, en que el Bloc Obrer i Camperol, en calidad de plataforma de propaganda y unificación de dos grupos comunistas (la Federación Comunista Catalano-Balear y el Partit Comunista Catalá) envuelve en cierto modo a su núcleo real, en cuanto organización, la FCCB; b) Sociografía del partido: organización e implantación en las comarcas catalanas. Núcleos en otros puntos de la Península (Asturias, Madrid, Aragón). Organos de prensa, y c) Praxis de dicha organización, comprendiendo como etapas sucesivas de conocimiento el aspecto central de la política sindical respecto a la CNT y al naciente movimiento de Oposición confederal; definición teórica (cuestión agraria, cuestión nacional) y, finalmente, actuación electoral. Un breve epílogo apunta de forma muy sumaria la evolución del Bloc a partir de 1932, con su participación en la Alianza Obrera y la definitiva fusión con la Izquierda Comunista dentro del POUM.

El balance constituye una notable aportación al conocimiento de la historia social de Cataluña en la Segunda República y una

prueba de la virtualidad de la aplicación de métodos científico-políticos al análisis de partidos históricos. Desde nuestra perspectiva, sólo lamentaríamos un predominio del *esprit de géométrie*, inevitable en un primer trabajo, y la fragmentación del nivel ideológico, que tal vez hubiera sugerido recapitulación o una introducción, aun a riesgo de quebrar la positividad que preside el tratamiento de los sucesivos temas. ■ A. E.

## COSTA Y UNAMUNO

"Desde Cádiz a Gijón, desde Lugo a Castellón, toda España, o casi toda, después de la última poda, grita: ¡Regeneración!".

Estos versos de "Blanco y Negro" de 1899 y recogidos por Tuñón de Lara (1), nos sitúan ante uno de los términos que estarían de moda en la España de principio de siglo:



"Regeneración". ¿Pero de qué querían que se regenerasen los españoles los que así gritaban? ¿Significaba lo mismo el térmi-

(1) M. Tuñón de Lara: *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*. Edicusa. Madrid, 1974.

no para un Silvela, paladín de la oligarquía caciquil, que para un Costa, defensor de las clases medias campesinas?

Tuñón, tomando como punto de partida la crisis provocada por la pérdida de Cuba, último eslabón del imperio colonial, estudia la intervención en el debate de dos de nuestras figuras más contradictorias: Costa y Unamuno.

La España de 1900, tal como nos la presenta Tuñón, está dominada económicamente por la simbiosis que forman los grandes latifundistas, representados en buena medida por la nobleza del antiguo régimen, y los representantes del capital financiero; simbiosis que se produce tanto por el ennoblecimiento de estos últimos como por la política matrimonial seguida. El "bloque en el poder", por usar un término del propio Tuñón, conseguirá, gracias a un continuo falseamiento de las instituciones democráticas, el establecimiento de una poderosa organización caciquil que impedirá todo intento de aproximación a los núcleos decisorios tanto de la pequeña y media burguesía, como de los aún escasos proletarios y de los todavía numerosos campesinos sin tierras.

El impacto que produce la pérdida del sueño imperial hará que quede de manifiesto el fracaso de la política llevada a cabo por los hombres de la Restauración, y aquí se produce el primer interrogante. ¿Cómo se plantean el problema Costa y Unamuno?

Unamuno ve la falsedad del país oficial y quiere buscar la auténtica realidad que se esconde tras este oropel. Para él, admirador de Menéndez y Pelayo, militante del Partido Socialista en 1894, con grandes problemas familiares en 1896 que le llevarían a una crisis religiosa de la que no se recuperará ya nunca, lo auténtico es lo **castizo**, que es lo que hay que buscar y que no se encontrará estudiando la historia, ya que ésta, simple sucesión de hechos,

figuras y sucesos, es la superficie de la verdad. Donde se encuentra la savia que puede hacer posible la "Regeneración" es en los hombres y mujeres que no hacen "historia", sino que se limitan a desarrollar sus actividades monótonamente cotidianas; es decir, se encuentra en la intrahistoria o historia-verdad frente a la oficial historia superficial o bullanguera. Junto a esto, Unamuno sentirá la necesidad de abrir ventanas a Europa para que se produzca, gracias a los "ventarrones europeos", la reactivación que sólo podrá realizarse a través de lo popular. Por esto, Unamuno es regeneracionista; quiere que el pueblo (sin que este término tuviera lógicamente en sus palabras las connotaciones ni el sentido que adquirirá después, y que para él, y a pesar de proceder de uno de los escasos núcleos industriales —Bilbao—, está representado por el campesinado) tome parte activa en las tareas públicas, y se opone al "regeneracionismo" de los representantes caciquiles, ya que en palabras del propio Unamuno, lo considera como algo impuesto al pueblo; como superestructura de los que quieren cambios para que nada cambie.

Joaquín Costa, más viejo que Unamuno, tiene, sin embargo, numerosos puntos de concordancia con éste; quizá el primero es lo contradictorio. Costa es uno de los personajes al que, espurgando sus textos, como señala Tuñón, le podemos hacer apoyar cualquier tesis, desde presentarle como un antecedente prefascista, y su "cirujano de hierro", por anecdótico no menos importante, es buena prueba de ello, hasta pasar por representante del colectivismo agrario de tintes anarquistas.

Otro punto de contacto entre ambos es su vinculación con la cuna del Regeneracionismo, es decir, con la Institución Libre de Enseñanza de la que Costa ocupará desde su fundación, en 1876, la cátedra de Historia de

España y Derecho Administrativo, siendo director del Boletín de la Institución desde 1880 a 1883.

Para Costa, los males del país tienen una causa fundamental, y a ella se referirá continuamente: la oligarquía caciquil, pero Costa ahonda en el problema sin quedarse en la desacreditada figura del cacique. Para él, el cacique es simplemente el representante local de los grandes grupos de presión a los que está conectado gracias a los Gobernadores Civiles, a los que califica de "correa de transmisión". La solución la verá en la defensa y potenciación de las clases medias campesinas, a base de unos municipios fuertes y autónomos sobre los que quiere fundamentar la expansión, y en la implantación de los sistemas de producción europeos, aunque paradójicamente el modelo que tome sea el japonés; continuamente habla de la "japonización", que le impresiona por la rápida transformación de su sistema feudal a un tipo de economía occidental avanzada y que ve como fuente de libertad, justicia, cultura y bienestar.

Sin embargo, Costa, a diferencia de Unamuno, no se limita a exponer su visión del problema, sino que desciende al campo de la lucha política. Al darse cuenta de que las reformas sólo podrán realizarse si se posee el poder político, que considera imprescindible alcanzar para realizar su preconizada "revolución desde arriba", intentará la creación de su propio partido político, empresa en la que fracasará del modo más rotundo.

Esto, según Tuñón, le llevará a romper con los "institucionistas", procedentes en su mayoría, como él, de la Institución Libre de Enseñanza y que son "una fuerza paralela a la de los regeneracionistas típicos, más vinculada a la burguesía liberal no oligárquica, a la vida política y a la universitaria, con un reformismo social más lúcido", pero que, pertenecientes a partidos políticos ya constitui-

dos, no desertarían de los mismos. A su vez, en el proyecto de transformar la Liga de Productores, representante de la pequeña y media burguesía, en partido político, fracasará ante el frente común que presentan el Gobierno y los grandes propietarios, así como ante la indiferencia del único núcleo burgués del momento, el catalán, que ya había formado el suyo propio.

En la obra tiene un lugar destacado la ponencia presentada en el Ateneo en 1901, "Oligarquía y caciquismo", en la que Costa hace un ataque frontal del "liberalismo" del momento. Partiendo de la ineficacia de la pretendida revolución del 68, y en esto vuelve a coincidir con Unamuno, señala cómo la no destrucción del sistema caciquil ha permitido la permanencia del oligarca, auténtico amo de la situación, y a cuyo servicio está todo el sistema político. Para acomodarlo propone los "remedios orgánicos", que consistían en el fomento de la educación, de la producción, potenciación del Municipio y, por último, independencia del orden judicial. La política quirúrgica que propone, Tuñón la ve como "un régimen presidencialista como hoy existen tantos en el Mundo", sin relación con dictadura alguna.

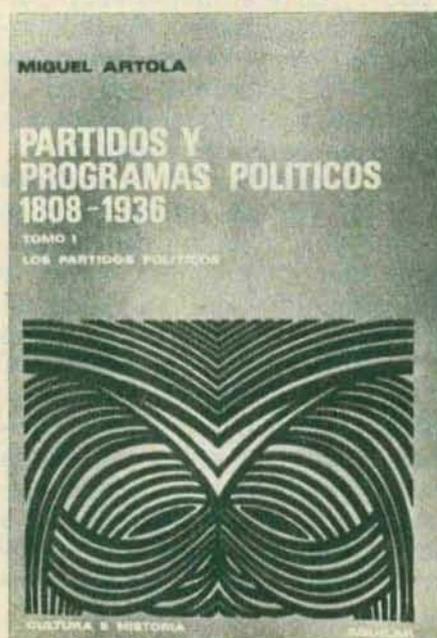
Tuñón señala por último cómo figuras tan dispares como las estudiadas coincidieron fundamentalmente en tres puntos: defensa de la tradición popular frente a la falsa tradición oficial, sus deseos de europeización y, por último, su claro sentido del fracaso que supuso la revolución del 68, revolución hecha al margen del pueblo. **VALENTIN MEDEL ORTEGA.**

## EL REGIMEN LIBERAL EN ESPAÑA

"La forma dominante bajo la cual la clase burguesa vivió al principio sus protestas contra el orden feudal, bajo la cual vivió

después sus condiciones de existencia y que impregnó el conjunto de las formaciones capitalistas, es el discurso jurídico-político. Libertad, igualdad, derechos, deberes, reinado de la Ley, Estado de derecho, nación, individuos-personas, voluntad general..." (1).

A partir de 1810 y hasta 1936 (salvo ligeros paréntesis), en España se produce el proceso de implantación, consolidación y finalmente destrucción de la forma típica de gobierno de la burguesía; es decir, del régimen liberal. Este período es el que



abarca Miguel Artola en su último trabajo, **Partidos y programas políticos 1808-1936** (Aguilar, 1974), del que ha aparecido el tomo I, dedicado a los partidos políticos. Para el profesor Artola, todos los regímenes políticos del siglo XIX y primer tercio del XX son liberales (a excepción de la Dictadura), entendiéndose por "liberal" aquel sistema de gobierno que atribuye a todos los individuos unos derechos esenciales: igualdad, libertad y propiedad, y por tanto supone, aunque no sea más que en el plano teórico, que todos los individuos pueden tener una cierta partici-

(1) Nicos Poulantzas: **Poder político y clases sociales en el Estado capitalista.** Págs. 270-271.

ción en el proceso que lleva a tomar decisiones, aunque ésta pueda variar en cantidad y calidad.

El trabajo se inicia con una teoría general de la política que nos permite precisar qué es un sistema de poder y qué elementos van a participar en el mismo y por consiguiente a condicionarlo, para pasar a continuación a hacer un exhaustivo estudio de las normas legales y paralegales que regularon las relaciones políticas del país y que nos descubre la existencia de tres tipos de regímenes básicos en el XIX y dos en el XX.

El primero corresponderá a 1812, año en que las Cortes de Cádiz dan carta de naturaleza al liberalismo y, apoyándose en una ampliación de los derechos del pueblo, se intenta impedir el regreso al absolutismo mediante un cuerpo de leyes que limiten la actividad del rey a las funciones legislativas (y aun éstas recortadas). El regreso del "deseado" Fernando VII volvió a "poner las cosas en su sitio" y motivaría que la auténtica implantación se retrasara hasta 1820, en que los hombres del "trienio liberal" se hacen con el poder, con Riego a la cabeza.

Los dos tipos de regímenes básicos fueron el moderado y el liberal, que corresponden a dos tipos distintos a su vez de fuerzas económicas, de las que la ideología adoptada no pasa de ser una simple superestructura que oculta los auténticos móviles en juego. Así, en el bando conservador se agrupan si no los defensores a ultranza del antiguo régimen (que también lo están), aquellos que prefieren la evolución a la revolución y que, si bien consideran sagrada la propiedad, consideran más importante aquella que viene acompañada de unas tradiciones; en resumen, los grandes propietarios latifundistas, que son, a su vez, miembros de la jerarquía eclesiástica o de la nobleza y que ven con recelo cómo el nuevo tipo de sociedad "abierto" va eliminando sus ancestrales privilegios. Frente a